



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Marcelo Quiroga Santa Cruz • Santos Domínguez • Tambor Vargas • Gabriel Zaid • El Duende

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII n° 459 Oruro, domingo 19 de diciembre de 2010

FUNDACION

ZOFRO
CULTURAL



Danzarín con toro. Óleo sobre tela de 1,20x1 m.
Erasmo Zazueta

Creencia

A ver, me dije: cuando niño, ¿creías realmente en la existencia de Dios? No, no creía, pero prefería creer a sufrir las consecuencias de su hipotética existencia. ¿Amabas a Dios? Hacía esfuerzos inauditos por amarlo, sin lograr, por evitar su venganza ¿Vivías en su temor? Eso sí. Vivía en el horror de Dios. Entonces comprendí que mi fe se había amasado con miedo.

Marcelo Quiroga Santa Cruz en: *Los Deshabitados*



el duende
 director: luis urquieta m.
 consejo editor: alberto guerra g. (f)
 benjamín chávez c.
 erasmo zarzuela c.
 adolfo CÁCERES r.
 coordinación: julia garfía o.
 diseño: david illanes
 casilla 448 telfa. 5276816-5298500
 elduende@zofro.com
 lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

En el centenario de su nacimiento:

El oficio de poeta Miguel Hernández

Santos Domínguez, al referirse a la reciente biografía del poeta Miguel Hernández, debida a la pluma de Eutimio Martín (Ed. Aguilar, Madrid, 2010), construye una auténtica invitación a la lectura y conocimiento del influyente poeta.



Miguel Hernández tenía 31 años cuando le fallecieron en 1942. Nos legó una obra que, en su edición crítica, incluida la correspondencia, abarca tres millares de páginas. Sin embargo, una rara adversidad presidió tan considerable labor. Desde que en 1930, a los 20 años, publicó su primer poema en la prensa local de Orihuela, solo dispuso de 12 años de vida: la mitad de ellos en la guerra y en la cárcel. Desde los 14 hasta los 20 años tendrá que escribir sus poemas sobre el lomo de una cabra. Es su mesa de trabajo desde que su padre, cabrero, le privó del pupitre de la clase sin dejarle ni siquiera terminar primero de bachillerato. La mesa de su habitación, sobre la que sigue trabajando sus versos cuando llega a casa con el rebaño, no le resulta mucho más estable que una cabra, porque su padre se la derriba de un puntapié en cuanto le sorprende gastando luz en balde.

Quien fue uno de los poetas más populares del siglo XX se construyó una biografía a la medida de su poesía y trabajó en ella tanto como en su obra. Su empeño constante —de ahí el título de este libro— fue convertir la poesía en su oficio y promocionar a toda costa su carrera literaria. Esa es una de las razones por las que en Miguel Hernández vida y obra, trayectoria biográfica y evolución poética van tan unidas.

Eutimio Martín ha tenido que ir desmontando tópicos sucesivos: la miseria del pastor poeta, la imagen del poeta del pueblo y del mártir de la libertad, son algunos de esos tópicos que fijaron una idealización excesiva de su figura o su rebajamiento a la condición del memo inocente o del cándido provinciano que no fue nunca Miguel Hernández.

Una idealización que ha dado lugar a versiones ridículas hasta sobre el color de sus ojos: azules, según Aleixandre, verdes, según Josefina Manresa, oscuros según Octavio Paz, pardos según la ficha carcelaria.

Esa misma tendencia a la hagiografía ha construido la escena absurda de un Miguel Hernández que escribe su despedida en la pared de la celda y ha dado lugar a otras falsificaciones como la imagen abnegada de una mujer que apenas iba a verle a la cárcel y que amargó sus últimos meses de vida. Frente a este tipo de excesos, *El oficio de poeta. Miguel Hernández*, es una reconstrucción rigurosa del itinerario vital y literario de un poeta que no fue tan ingenuo como a veces se le ha querido mostrar. Como su obra, su figura muestra una suma de contrastes, una mezcla de luces y sombras, de vanidad y dignidad ética. Tuvo un carácter áspero y la presunción o la prepotencia le ocasionaron más de un problema. Es el ícono del poeta del pueblo, pero antes había escrito una obra abiertamente contrarrevolucionaria con la que se convirtió en portavoz poético del catolicismo más tenebroso e intransigente que luego lo dejó morir en las cárceles del franquismo y contribuyó a su pesar a fijar la imagen del poeta comprometido con el pueblo.

Desde mi rincón:

¿Dónde está y en qué consiste la belleza?

TAMBOR VARGAS

No voy a referirme a la estética como *objeto de estudio*, luego, como *desarrollo de teorías* presuntamente encaminadas a 'explicar' el goce de la belleza; me refiero a la estética como *experiencia humana*. Y quisiera preguntarme: ¿por qué consideramos 'bello' este texto o esa pintura? Y ¿por qué no aquel otro? Viejo tema, sobre el que por lo menos desde la época de Aristóteles, no sólo se ha reflexionado, sino que hacerlo resulta ineludible; y por tanto, viene arrastrando una imponente corriente de teorías, cada una con una mayor o menor dosis de exclusión de las demás. En adelante me voy a circunscribir al caso de la belleza literaria (es decir, la que se asienta en textos).

Desde hace mucho tiempo, se viene considerando la belleza como equivalente de 'literaria' y viceversa; es decir, que un texto no considerado bello, en teoría queda fuera del ámbito literario; y al revés, un texto en el que se aprecia cierta belleza, automáticamente pasa a formar parte de la 'literatura'. Tampoco voy a entrar en el tema de quiénes son los que otorgan o niegan la condición de 'bello' a un texto, ni cuáles son sus títulos, ni quiénes se los han otorgado, ni en base a qué méritos o competencias.

Entonces, nos hemos de quedar en el problema central: ¿por qué es bello un texto convencionalmente 'bello'? Y hemos de descartar un argumento de autoridad ('porque así lo vienen diciendo los entendidos'). O si lo preferimos, lo podemos transformar en esta otra formulación: ¿por qué los entendidos vienen otorgando la calificación de bello a determinado texto? También hemos de apartar una consideración meramente 'tradicional' del problema (se tiene por bellos a unos textos porque así se viene haciendo desde hace siglos). O, ¿pero por qué viene sucediendo esto? Y todavía, sobre todo: ¿está justificada esa calificación tradicional?

Por otro lado, no se puede dejar de lado la dualidad: planteamiento colectivo (otra dimensión de la visión tradicionalista) vs. planteamiento estrictamente personal de la experiencia estética (o, más exactamente, de la repetitiva valoración). Pero es que en cuanto hablamos de 'experiencia', ésta debe acabar asentándose en la más estricta personalidad individual del lector y en sus capacidades valorativas.

Desde una perspectiva histórica (es decir, que incorpora la voz de la tradición), surgen otras bifurcaciones de posibilidades: ¿nos obliga la tradición? ¿nos condiciona? ¿respetamos nuestra propia libertad personal? Y a fin de cuentas, ¿quién tiene la última palabra?

Como vemos, el tema de la experiencia estética es un terreno minado por más de un factor, que amenaza cualquier respuesta que se le quiera dar.

* * *

¿A quién podría sorprender que en este tema, como en tantos otros, se han propuesto (casi) todas las respuestas posibles? Tanto la filosofía como los estudios (repárese que así los llamo y no 'ciencias') literarios han ido emitiendo sus teorías o, simplemente, han practicado los enfoques de su preferencia. Lo curioso es que ha variado grandemente su poder de convicción; más exactamente, con el tiempo ese poder por un lado ha ido *disminuyendo* más y más, de manera que en la actualidad apenas si va más allá del pequeño círculo de las propias capillitas que forman; por otro, se ha *fragmentado* en tantas cuantas tendencias coexisten. En su lugar, los 'termómetros' de la calidad literaria han pasado mayormente a manos de quienes hacen su negocio con los escritores, de una forma directa (editores, distribuidores, libreros...) o indirecta (prensa, revistas, premios, mundo académico...); y para disimular, los primeros se valen de los 'críticos literarios', fundamentalmente a sueldo de la industria editorial.

Fuera de ese andamiaje, ¿de qué pueden valer las opiniones / los gustos de los lectores si éstos andan a ciegas o, peor,



se encuentran bajo la teledirección de la inmensa máquina de la industria editorial? Pero es que, aunque así no fuera; es decir, aunque los lectores ejercieran con soberana libertad su capacidad valorativa, podríamos seguir preguntándonos ¿en qué se basarán para emitir un criterio?

Hemos de introducir un criterio más: el que diferencia entre las obras literarias antiguas y las obras literarias del presente. Respecto de las antiguas (por lo menos, de autores muertos), reina un presunto 'veredicto de la tradición'. En cuanto a las actuales, el futuro lector cae de pleno bajo las artimañas de carácter comercial (es sumamente raro el caso de una obra tenida por 'genial' desde su aparición, salvo con algunos casos de autores ya más o menos 'consagrados').

Y no puede dejar de aparecernos la palabrita: 'clásico'. ¿Qué son las obras 'clásicas'? Quién sabe si podríamos definir las así: las que, entre su momento de aparición y la actualidad, han conseguido tal valoración. Pero ¿con qué significado? De que poseen un valor estético intrínseco y, sobre todo, permanente. ¿Y por qué procedimiento han ascendido a tal juicio? Por la conjunción de la opinión de quienes se dedican a estudiar los textos literarios y, a continuación, a emitir su opinión; y la de quienes tienen el poder de ratificar o desmentir aquella opinión (los lectores compradores de tales obras). En este sentido, cuanto más antiguo sea el autor más o menos incesantemente cotizado como valor literario, más sólida será su posición como clásico. Y al revés. Aunque habría que establecer una cautela: a condición de que el veredicto lector proceda de una 'experiencia' personal y no sea efecto automático de la maquinaria valoradora que le ha precedido, limitándose a repetirla.

* * *

Quisiera fijarme en un aspecto de aquella maquinaria 'técnica' destinada a precisar el valor literario de los textos. Me refiero a la que emplean, particularmente, los filólogos. Y que consiste en rastrear, identificar, analizar y formular la totalidad de 'figuras' retóricas presuntamente empleadas por el autor en la redacción de un texto determinado.

Y me pregunto e interrogó: ¿por qué el uso de tales herramientas confiere belleza al texto en cuestión? Y ¿por qué tales herramientas tienen el poder de mostrársela y hacerla sentir al lector? *That is the question!* En tal caso, bastaría tener a mano alguno de los muchos diccionarios con el largo catálogo de tales recursos y aplicarlo debidamente, primero para 'fabricar' belleza (autor) y, luego, para 'percibirla' (lector). Pensemos en todas las reglas de la versificación; pero y ¿dónde queda el 'verso libre'?; además, ¿dónde queda la 'prosa poética'? Y más a fondo: ¿dónde ponemos y encontramos la belleza de la 'simple' prosa sin más? ¿O esta última la tiene

vedada?

Cuando uno se hace este tipo de preguntas, es más probable que recién cobre conciencia del enorme peso de la tradición. Ésta, aparte de otras funciones más justificables, también acaba haciéndose responsable de suplantar la quintaesencia del acto de leer un texto literario: la degustación de su belleza. Y aquí llegamos al meollo de toda la cuestión: para percibir su belleza ¿hace falta conocer toda la *preceptiva* y toda la *historia* y toda la *crítica* literaria acumuladas sobre determinado texto?

Hay buenas razones para responder negativamente esas preguntas. Empezaré con ésta: los autores han escrito sus textos en busca de lectores (primitivamente, oyentes); y todos ellos han dado por supuesto que sus textos pueden ser degustados por los lectores sin la 'intromisión' de los técnicos. En este sentido, la verdadera prueba de fuego de cualquier texto poseedor de presuntas riquezas estéticas, consistiría en su *lectura*, atenta, acaso repetida.

Y cuando llegamos a este punto de partida, empiezan a salirnos los tropiezos (tanto más imperantes y numerosos cuanto más 'lejano' [en el tiempo y / o el espacio] sea el texto). El primero con gran probabilidad será la necesidad de una *traducción*, la que automática e inapelablemente vendrá a interponerse entre el lector y el autor. Si el traductor no ha cargado también con esa tarea, seguirán las explicaciones que emanan del '*mundo*' propio del autor, su cultura, su *época*, su *personal vocabulario*, su *sistema de referencias*, etc. Finalmente, con mucha probabilidad acabaremos queriendo / necesitando saber algo de la vida del autor, de las coordenadas de su mundo íntimo, de su hipotético '*mensaje*' personal. Y sólo entonces descubrimos que todos esos instrumentos son los que venía queriéndonos facilitar la filología, la historia y la crítica literarias. Pero, aun reconociendo que todo lo anterior es cierto, ¿basta para convertir en acto la esencia de aquel goce más o menos extasiado de la belleza? ¿no se trata, más bien, de algo anexo, secundario, pero que en ningún caso forma parte de la esencia de la experiencia estética? ¿Cuándo vamos a convencernos de que todas las montañas de erudición siempre serán incapaces de engendrar ni el más minúsculo ratón de disfrute de la belleza (si es que belleza hay) de un texto?

Y así nos quedamos con la última pregunta: ¿quién ocupa el trono: el lector ante el texto o las mil muletas de la *erudición*? Mi respuesta es contundente: sólo hay literatura cuando un lector goza (con) un texto; y cuando un texto enseña / descubre algo nuevo a un lector. Y lo demás, bienvenido tanto cuanto contribuya a aquel goce, a aquella enseñanza, a aquel descubrimiento; y todavía, sólo en la medida en que el lector, o sienta necesidad de aquellas muletas o su objetivo personal las haga imprescindibles... Pero resulta que lo uno y lo otro son incapaces de generar un microgramo de belleza (salvo, claro está, que confundamos la gimnasia con la *magnesia*!).

¿Valía la pena tan larga caminata para llegar a tan simples conclusiones? Y vale la pena advertir que todavía no hemos desvelado el núcleo propio e insustituible de la experiencia estética...



Los demas

El escritor mexicano Gabriel Zaid indaga el

La gente que quisiera ser culta, va con temor a las librerías, se marea ante la inmensidad de todo lo que no ha leído, compra algo que le han dicho que es bueno, hace el intento de leerlo, sin éxito, y cuando tiene ya media docena de libros sin leer, se siente tan mal que no se atreve a comprar otros.

En cambio, la gente verdaderamente culta es capaz de tener en su casa miles de libros que no ha leído, sin perder el aplomo ni dejar de seguir comprando más.

Toda biblioteca personal es un proyecto de lectura, dice un aforismo de José Gaos. La observación es tan exacta que, para ser también irónica, requiere la complicidad del lector bajo una especie de imperativo moral, que todos más o menos acatamos. *un libro no leído es un proyecto no cumplido*. Tener a la vista libros no leídos es como girar cheques sin fondos: un fraude a las visitas.

Ernest Dichter, en su Handbook of Consumer Motivations, habla de esta mala conciencia en los clubes de libros. Hay gente que se inscribe como si entrara a un festival de la cultura; pero, a medida que los libros llegan y se acumula el tiempo que hace falta para leerlos, cada nueva remesa, y el montón, se vuelven un reproche muy poco festivo: una acusación de incumplimiento, hasta que rompe con el club, decepcionada y resentida de que le siga enviando libros, a pesar de pagarlos.

Por eso, se inventaron los libros que no son para leer. Libros que se pueden tener a la vista impunemente, sin sentimientos de culpa: diccionarios, enciclopedias, atlas, libros de arte, de cocina, de consulta, bibliográficos, antológicos, obras completas. Libros que la gente discreta prefiere para hacer regalos: porque son caros, lo cual demuestra aprecio, y porque no amenazan con la cuenta pendiente de responder a la pregunta: "¿Ya lo leíste?, ¿qué te pareció?" —lo cual demuestra lo mismo. El antieslogan más anticomercial del mundo pudiera ser, en efecto: "Regale un libro: es como regalar una obligación".

Los autores de libros no son tan discretos. Dejando aparte los casos extremos (los que llaman para ver en qué página va uno, cuándo terminará y, sobre todo, cuándo publicará una reseña larga, inteligente y objetiva), se sienten obligados a reparar obligaciones cada vez que publican. Ya se sabe que la elegancia torera en estos casos consiste en responder de inmediato con una tarjeta que diga: "Acabo de recibir su libro. ¡Qué estupenda sorpresa! Lo felicito y me felicito de antemano por la alegría que me dará leerlo". (Alfonso Reyes las usaba impresas, con espacios en blanco para la fecha, nombre y título.) Si no, la deuda se triplica y crece a interés compuesto, conforme pasa el tiempo, hasta que llega un momento en que el deber pendiente de leer el libro, de escribir una carta, que ya no puede ser tan breve, y de formular un elogio que no sea falso ni mezquino, se vuelve una pesadilla. No se sabe qué es peor, si esto o la tarjeta a vuelta de correo.

Pero hay más: ¿qué hacer físicamente con el libro? El autor puede presentarse un día y encontrarlo sin abrir. Otra buena medida, que desgraciadamente también requiere disciplina, sería desflorar las primeras páginas en el momento de recibirlo, y dejar un marcador, para indicar la intención. O hacerlo desaparecer, explicando, si es necesario, que



un amigo se entusiasmó tanto que se lo llevó prestado, antes de que uno pudiera leerlo. En este caso, es prudente arrancar la dedicatoria. Los libros dedicados tienen la extraña vocación de acabar en las librerías de viejo, y hay esas historias horribles de los libros de Darío o de Rilke dedicados melosamente a Valéry y encontrados después con los buquinistas del Sena, sin abrir. O aquella historia del libro de Valle-Arizpe que encontró, intonso, en una librería de viejo, y que compró y envió de nuevo a su amigo: "Con el renovado afecto de Artemio de Valle-Arizpe".

Una pésima solución consiste en conservarlos, hasta formar una biblioteca de miles de volúmenes, diciendo: en realidad, no tengo tiempo de leerlos, lo hago para dejarles una herencia a mis hijos. Excusa cada vez más débil, hoy que las ciencias adelantan que es una barbaridad. Casi todos los libros se vuelven obsoletos desde el momento en que se escriben, si no antes. Y la mercadotecnia está logrando imponer la *planned obsolescence* hasta de los autores clásicos (con nuevas y mejores ediciones críticas), para acabar con la ruinosa transmisión de gustos de una generación a la siguiente, que tanta fuerza restó al mercado en otro tiempo.

La formación de bibliotecas obsoletas para los hijos se justifica como la preservación de ruinas: por razones puramente arqueológicas. Y hay excusas mejores que la biblioteca heredable. Si uno forma una biblioteca sobre historia de Tlaxcala, o, mejor aún, de ediciones del Quijote, nadie tiene derecho a exigirle que haya leído miles de veces el Quijote, una por edición. Aunque no faltarán visitas inocentes que se escandalicen de ver tantas veces el mismo título. ¿No es como retratarse y exhibirse mil veces, bajo mil ángulos, con el único pez gordo que se ha pescado en la vida?

Bajo el Imperativo Categórico de Leer y Ser Culto, una biblioteca es una sala de trofeos. La montaña mágica es como una pata de elefante que da prestigio, sirve de taburete y permite conversar de peligrosas excursiones al África. ¿Y qué decir del

estirándose y bostezando en las ventanas, encaramados en los anaqueles? ¡Jamás! Por respeto a las visitas.

El Imperativo Categórico viene de los libros sagrados. Karl Popper (Los libros y el milagro de la democracia) supone que la cultura occidental nace con la aparición del mercado del libro en Atenas, en el siglo V antes de Cristo: el libro comercial acaba con el libro sagrado. Pero, ¿acaba? El mercado es ambivalente. Tener en casa y a la mano lo que antes sólo se veía en el templo es un gran atractivo para la demanda, porque los libros tienen todavía el prestigio del templo. La desaceralización democrática prospera como simonía: permite vender lo que no tiene precio. No acaba con los libros sagrados: los multiplica.

Sócrates criticó el fetichismo del libro (Fedro). Dos siglos después, en otro pueblo del libro (el pueblo bíblico), dijo el Eclesiastés (12:12): *componer muchos libros es nunca acabar, y estudiar demasiado daña la salud. Basta de palabras. Todo está escrito*. En el siglo I, Séneca le escribe a Lucilio: *La multitud de li-*

león que le guiñó un ojo al cazador antes de rodar a sus pies? Así, quien tiene las memorias de Churchill, dedicadas y sin abrir, dice: ¡Pobre Winston! Por respeto, las guardo como las recibí. ¡Qué formidable león británico! Le supliqué al taxidermista que conservara cuidadosamente el guiño... Los cazadores tienen fama de exagerados. Por eso, es un principio de ética profesional del lector que aspira a ser culto, no exhibir jamás piezas no cazadas debidamente. Menos aún piezas que, en realidad, leyó un amigo, o el guía, en el safari cultural. De ahí también que un libro sólo pueda ser visto como un cadáver diseccionado, no un animal de presa vivo. ¿Tigres en el tanque de la gasolina? Pase. Pero, ¿rugiendo por toda la casa, echados en el cuarto de baño o en la cama,



Excesivos libros

mundo editorial y sus proximidades en este ensayo



...bros disipa el espíritu. En China, en el siglo IX, el poeta Po Chu Yi se burla de Lao-Tsé: *De sabios es callar, los que hablan nada saben* -dicen que dijo Lao-Tsé, en un librito de ochocientas páginas. En Argelia, en el siglo XIV, Ibn Jaldún: *Los demasiados libros sobre un tema hacen más difícil estudiarlo* (Al-muqaddi-mah VI 27). En Alemania, en el siglo XVI, Lutero: *La multitud de libros es una calamidad* (Charlas de sobremesa). Don Quijote, al enterarse de que se había escrito el Quijote:

Hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fueran buñuelos (II 3). Descartes: *abandoné el estudio de los libros, decidido a no buscar más ciencia que en mí mismo o en el gran libro del mundo* (Discurso del método). Samuel Johnson: *Para*

convencerse de la vanidad de las esperanzas humanas, no hay un lugar más impresionante que una biblioteca pública.

Alguna vez propuse un guante de castidad para los autores que no se puedan contener. Pero también puede servir un baño de agua fría: sumergirse en una gran biblioteca, para desanimarse, como Johnson, ante la multitud de autores desatendidos. El progreso ha logrado que todo ciudadano, no sólo los profetas elegidos, pueda darse el lujo de hablar en el desierto.

¿Quién podrá detener la multiplicación de libros? Por un momento, parecía que iba a ser la televisión. Marshal McLuhan escribió (¡escribió!) libros proféticos sobre el fin de los tiempos libresco. Pero la explosión del libro lo dejó hablando en el desierto.

El lanzamiento y apogeo comercial de la televisión en los Estados Unidos, medido en número de hogares con receptores, fue de 1947 a 1960, cuando pasó de 16 mil a 45 millones de aparatos, o sea prácticamente de cero al 88 por ciento de los hogares (Warde B. Orden, The Tele-



vision Business). Todo estaba, pues, listo para acabar con el libro. Sin embargo, el número de títulos publicados cada año, en el mismo periodo, subió a más del doble: de 7 a 15 mil (Statistical Abstract of the United States). Mayor sorpresa: de 1960 a 1968, volvió a doblarse el número de títulos anuales, y en un periodo menor, mientras que el número de hogares con receptores, naturalmente, ya no podía subir más que a la saturación (98 por ciento).

A mediados del siglo XV, apareció la imprenta de caracteres móviles en Europa. No sustituyó de inmediato a los copistas ni a la impresión con placas de madera, pero multiplicó los títulos disponibles. En el primer siglo de la nueva imprenta, se publicaron unas 35.000 ediciones (Agustín Millares Carlo, Introducción a la historia del libro y de la biblioteca), o sea 350 títulos por año, que tal vez empezaron siendo 100. Para 1952 (Robert Escarpit, La revolución del libro), se publicaban ya unos 250 mil. Esto implica un ritmo de crecimiento cinco veces mayor que el de la población.

Se suponía que la televisión iba a acabar con ambas explosiones, pero no sucedió, como puede verse en las cifras para el año 2000, estimadas a partir del Anuario estadístico 1994 de la Unesco. Después de la televisión, la población crece al 1,8% anual (en vez del 0,3% en el medio milenio anterior), y la publicación de libros al 2,8% anual (en vez del 1,6% anterior).

1450	1950	2000
Gutenberg	televi- sión	
Títulos anuales	100	250.000
1.000.000		
Población (millones)	500	2.500
6.000		
Títulos por millón de habitantes	0,2	100
167		

A partir de estas cifras gruesas, pueden hacerse interpolaciones también gruesas. Se publicaron unos 500 títulos en 1550, unos 2.300 en 1650, unos 11.000 en 1750 y unos 50.000 en 1850. La bibliografía acumulada hasta 1550 fue de unos 35.000, hasta 1650 de 150.000, hasta 1750 de 700.000, hasta 1850 de 3.300.000, hasta 1950 de 16 millones, hasta el año 2000 de 52 millones. En el primer siglo de la imprenta (1450-1550), se pu-

blicaron unos 35 mil títulos; en el último medio siglo (1950-2000), mil veces más: unos 36 millones.

La humanidad publica un libro cada medio minuto. Suponiendo un precio medio de quince dólares y un grueso medio de 2 centímetros, harían falta quince millones de dólares y 20 kilómetros de anaqueles para la ampliación anual de la biblioteca de Mallarmé, si hoy quisiera decir: Hélas! La carne es triste y he leído todos los libros.

Los libros se publican a tal velocidad que nos vuelven cada día más incultos. Si uno leyera un libro diario, estaría dejando de leer cuatro mil, publicados el mismo día. Es decir: sus libros no leídos aumentarían cuatro mil veces más que sus libros leídos. Su incultura, cuatro mil veces más que su cultura.

Es mucho el saber y poco el vivir, dijo Gracián. Pero, de nuevo, el aforismo opera poéticamente, más allá de su verdad cuantitativa, con ese dejo melancólico, porque remueve los sentimientos de culpa que nos da nuestra finitud frente a las tareas infinitas que exige el Imperativo Categórico. Sí, hay algo profundamente melancólico en ir a una biblioteca o librería llena de libros que no leeremos jamás. Algo que trae a la memoria aquellos versos de Borges:

Hay un espejo que me ha visto por última vez.

Hay una puerta que he cerrado hasta el fin del mundo.

Entre los libros de mi biblioteca (estoy viéndolos)

Hay alguno que ya nunca abriré.

¿Y para qué leer? ¿Y para qué escribir? Después de leer cien mil, diez mil libros en la vida, ¿qué se ha leído? Nada. Decir: yo sólo sé que no he leído nada, después de leer miles de libros, no es un acto de fingida modestia: es rigurosamente exacto, hasta la primera decimal de cero por ciento. Pero ¿qué no es quizás eso, exactamente, socráticamente, lo que los muchos libros deberían enseñarnos? Ser ignorantes a sabiendas, con plena aceptación. Dejar de ser simplemente ignorantes, para llegar a ser ignorantes inteligentes.

Quizá la experiencia de la finitud es el único acceso que tenemos a la totalidad que nos llama, y nos pierde, con desmedidas ambiciones totalitarias. Quizá toda experiencia de infinitud es ilusoria, si no es, precisamente, experiencia de finitud. Quizá, por eso, la medida de la lectura no debe ser el número de libros leídos, sino el estado en que nos dejan.

¿Qué demonios importa si uno es culto, está al día o ha leído todos los libros? Lo que importa es cómo se anda, cómo se ve, cómo se actúa, después de leer. Si la calle y las nubes y la existencia de los otros tienen algo que decirnos. Si leer nos hace, físicamente, más reales.

**Gabriel Zaid (1934) poeta y ensayista autor de:
Cómo leer en bicicleta.**

El Duende 2010 - Año XVIII

POESÍA, PROSA POÉTICA

Autor	Título	Edic.
AYALA VALLEJOS, Freddy	Sementera	435
BARBA-JACOB, Portiño	Canción de la vida profunda. Canción del tiempo y el espacio. Lamentación de octubre. Los desposados de la muerte	449
BECKER, Gustavo Adolfo	LXXI (No dormía...). LXXIII (Cerrarán sus ojos...). LXXVI (En la imponente...)	445
BETHEL, Marión	En un cayo de coral. Las manos de Miss Jane. Profecía Reggae. Renacimiento taino	434
BOCCANERA, Jorge	Alejandra Pizarnik abre su cuaderno de apuntes. Corría el año 1917. Arder. Universo. Hada. (Apilo noches...).	436
BORGES, Jorge Luis	Arte poética. Poema de los dones. 1964 (Ya no es mágico el...)	452
CAMACHO, Daniela	Plegarias para insomnes	447
CAMPERO, Jorge	Blue Demon. Generación Sándwich. Oveja civil. Poema de amor para la república	444
CISNEROS, Antonio	Dos soledades. Soy el favorito de mis 4 abuelos. Tranvía nocturno. El reposo de un jesuita. Entre los cangrejos muertos ha muchos días	448
DAHER, Gary	Carta al Padre. Noticias de la ciudad avasallada. Soldado de Marrakech	439
FUENTES R., Luis	Nosotros en la piedra escalonada	455
GAMARRA D., Alfonso	El manifiesto de los agravios torpes	455
GARCÍA RIVERA, Ambrosio	Cuando te beso. Despedida. Distancia. Gitana de la suerte. Por el camino.	440
GARECA R., Sergio	Botizo de serpiente infinita	456
GARRÓN JAIMES, Viviana	¿Dónde estás papito?	444
GIMFERRER, Pere	Cuchillos en abril. El cuerno de caza. Nocturno imperio. Rondó	450
HÄSLER, Rodolfo	Carne de porco à Portuguesa. La Habana. Visión al mercado. Visión del baño turco. Visión del Deutschland	437
JAIMES FREYRE, Raúl	El sacrificio. La biblioteca. La iglesia. La noche. La sacristía. Prosas	451
LASTRA, Pedro	Capenería 1975. Mano tendida. Mester de Perería. Reflexiones de Aquiles. Obra incompleta. Relectura de Enrique Lihn. Don Quijote impugna a los comentaristas de Cervantes por razones puramente personales.	453
MADRAZO, Jorge Ariel	Canon para dos voces solas. Raúl Gustavo Aguirre. Un árbol es un ser insustituible	446
MEJÍAARZE, Elba	La muerte del bosque	442
MIRÓN, Machi	Después de Mercedes	439
MITRE, Eduardo	Colegiala por Union Square. De un aniversario. La vislumbreada. Reencuentro	443
MONTAÑO, Milena de	Agonía	442
MUNDY, Hilda	Absurdo de diez metros de profundidad	450
OYUELA, Mayra	Ballera de sal. Escribiéndole una casa al barro. Onillas. Pequeña historia de amor. Prohibido olvidar. Residuo sueño y viceversa	454
PERALTA M., Alejandro	Balsas maritales. Canción Tiitakata. Epifanías. Siembra	438
RAMÍREZ CÓRDOBA, Nadia	Que no se borre la vida	442
ROMERO, Elvio	Caminante. El hijo de la tierra. Eso somos. Tren con banderas	441
SEVILLANO, Cynthia	Corazón de fuego	442
STORNI, Alfonsina	A madona poesía. Dolor. Epitafio para mi tumba. Vry a dormir	457
VARELA, Blanca	Curriculum vitae	458
VILLENA, Luis Antonio de	El desterrado. El invierno de la edad media. El viaje infinito del arte moderno. Filósofo de Crene enamorado del amor	456
YASAN, Laura	Barco encallado. Genealógica. Principio de incertidumbre. Taxi blues	435
ZAPATA-PRILL, Norah	A los cactus de Oruro. Diálogo en el acuario XXI. En la colina. Géminis en invierno XLIII. Manchás. No están muertos todos los hombres que han muerto	458
ZEVALLS V., María	Oruro	437

CRÓNICA, EPÍSTOLA, FÁBULA, NARRATIVA

Autor	Título	Edic.
ÁGUILA BORGES, Rafael de	Hombre y lombriz. El inquilino del N°8	442
BARBERY ANAYA, Roberto	¡Pero, che!	457
BONNEFOY, Yves	Acercas de Henri Michaux	438
BRAVO RIVA, José	Muerte en la frontera	450
CALZADILLA, Juan	Detrás del vidrio, mirando fijamente	441
CARVALHO OLIVA, Homero	Nuevos Microcuentos	452
CASCIARI, Hernán	El celular de Hansel y Gretel	448
CERVANTES, Miguel de	Carta de don Quijote a Dulcinea del Toboso	444
CHASE, Alfonso	Mirar con inocencia	435
DECKER, Amalia	La mecedora de la abuela y los pechos de mi prima	446
DURÁN A., Fernando	El último que se duerma que apague la luz	435
FUENTES, Luz Laura de	Un niño llamado Tristeza	441
GONZÁLEZ, Vicente	El caballo y el caracol	440
GUERRA G., Alberto	Testimonio de una supervivencia de la mitología andina	437
KANAHUATY, Christian	Invierno	443
MAC LEAN, Juan Cristóbal	Dos errancias altiplánicas. Vía Vitelia. Haciendas, latrinos y distancias	444

CRÓNICA, EPÍSTOLA, FÁBULA, NARRATIVA

Autor	Título	Edic.
MOLINA G., Antonio Mario	7 menos 5	456
MONTAÑO, Milena de	Leyenda de Incaipozo: donde bebía el Inca	445
MORE, Ernesto	El estandarero	458
NISTTAHUZ, Jaime	La linterna	447
OVANDO, Gabriela	Abandono y recuperación de la historia	445
PADILLA OSINAGA, Paz	Espere y espere la sorsa	454
QUIROGA, Giancarla de	Otro día hermoso	439
REVISTA Ñ	Mario Vargas Llosa: Espero que me lo hayan dado por mi obra literaria	454
ROJAS, Casto	Recuerdo de Paquita Sánchez	448
SHIMOSE, Pedro	Solo de piano en llamas	451
TURGUENEV, Iván	Egoísta	449
TURGUENEV, Iván	¡Aún darnos guerra!	458
VALLEJO CANEDO, Gaby	El placer del fuego. La muerte por el fuego	457
VARGAS, Manuel	Regreso	459
VERDUCH, Enza	Ismail Kadaré: un viaje a Albania	439
WILDE, Oscar	El arte de conversar	443
ZUBIETA, Gustavo	Conocimiento y ternura al servicio de la niñez	446

CRÍTICA, ENSAYO, VALORACIÓN, MEMORIA

Autor	Título	Edic.
ÁGREDA, Javier	Todos los Trágicos Desiertos de Miguel Bdefonso	457
AQUINO A., Estanislao	La morenada y los hermanos Marka	449
ARDUZ RUIZ, Marcelo	Calvario del escultor de la Virgen de Cocharcas	440
ÁVILA ECHAZÚ, Édgar	El "Nazismo" de Jaime Saenz	435-437
BAPTISTA G., Mariano	Los envidiosos	452
BARTHES, Roland	Crítica literaria: Evaluación, interpretación y olvido	449
BERGER, John	La recuperación de la mirada	447
BRYCE ECHENIQUE, Alfredo	De regreso del infierno	448
CAJÍAS, Lupe	Desde la tierra Oruro, gringa y gitana	436
CAJÍAS, Lupe	Un año de Bicentenarios Latinoamericanos	438
CAJÍAS, Lupe	Katherine Mansfield, la desconocida	440
CAJÍAS, Lupe	Isabelle Eberhardt: Cartas y Diarios	442
CAJÍAS, Lupe	Las masas irrumpen en la guerra (1810-1821)	445
CAJÍAS, Lupe	México, doscientos años de insurgencia	453
DEHEZA, Pablo Javier	Homero entre las aguas	442
DEL CARPIO, Melina	Tanaje Mayor de Gaby	436
DOMÍNGUEZ, Santo	El oficio del poeta	459
EL DUENDE	Ruido Blanco	443
FRANCO, Jean	Tomás Carrasquilla: entre el Realismo y el Naturalismo	447
GONZÁLEZ, Vicente	El Olanatismo y el transfugo político	438
HERRNÁNDEZ M., Héctor	4M3R1C4	456
JACOMET, Pierre	Miguel de Cervantes. Don Quijote de la Mancha	442
KRONBERG, Janika	Jiri Tlval, un poeta "molestamente independiente"	434
LJERÓN C., Arnaldo	Mojos en la emancipación nacional	445
LJERÓN C., Arnaldo	Mojos-Beni. Ayer y hoy	458
MALINOSVSKAYA, Elena	El mundo de Gógol en las Artes Plásticas	450
MARKS, Camilo	Quién le teme a Virginia Woolf	443
MATISSE, Henry	Cómo hice mis libros	434
MURILLO BÉNICH, Hugo	La magia de Raúl Otero Reich	441
PAREDES CANDIA, Antonio	El sexo en la mitología boliviana	447
PAZ SOLDÁN, Alba María	"El Loco" de Arturo Borda y una poética de la indigencia	441
QUIROGA, Juan Carlos R.	De los libros y los poemas	457
REVISIÓN DOMINICAL	Palabras exactas para lo indecible	455
REYNOLDS, Demetrio	El Tiro, a cuatro manos de traducción	452
RICO CERVANTES, Araceli	El rostro, una geografía del dolor	448
RÍOS QUIROGA, Luis	Jaime Mendoza: Nativismo y Folklore	451
RÍOS QUIROGA, Luis	Sólo el amor: Homenaje a José Saramago	453
RÍOS QUIROGA, Luis	Antonio Paredes Candia: un niño grande	455
ROCHA VELASCO, Omar	Roberto Leición y la "Melenita a la garzón"	439
SONTAG, Susan	W.G. Sebald: el viajero y su lamento	446
VERA VARGAS, Carlos	A propósito de Tanaje Mayor de Gaby Vallejo	436
WITTGENSTEIN, Ludwig	Opiniones acerca de la música y los músicos	434
XIRAN, Ramón	Lope de Vega: Horizonte Lírico	451
ZÁID, Gabriel	Los desnudados libros	459
ZEIDÁN, Faisal	La Iliada versus la Odisea	440

El Duende 2010 - Año XVIII

ENTREVISTA, DISCURSO, DOCUMENTOS

Autor	Título	Edic.
CHÁVEZ, Benjamín	El neoharero trajo un nuevo aire y un nuevo compromiso. (entrevista a Roberto Echavarran)	434
CHÁVEZ, Benjamín	Poesía de altura (entrevista a Malú Uriola y Nadia Prado)	435
MARTÍNEZ, Jaime	Gabriela Mistral	452
MEDINACELI, Gustavo	Homenaje de tímbricas al poeta Luis Mendizábal Santa Cruz	456
PAVÓN, Héctor	¿Cómo se conectan el Romanticismo y los movimientos de resistencia global? (entrevista a Rüdiger Saffranski)	444
SZYMBORSKA, Wława	Una lección de poesía	450
URQUIETA M., Luis	Oruro en la Guerra de la Independencia	454

CITAS, DICCIONARIO, INFORMACIÓN, MÁXIMAS

Autor	Título	Edic.
ARANGO, Pablo	Diccionario personal	437
ARANGO, Pablo	Vicio	446
ARANGO, Pablo	Síntomas	452
ARZE, José Roberto	Cómo leer. Máximas y reglas fundamentales	451
AZORÍN	Autor clásico	438
BELTRÁN ÁVILA, Marcos	Historia	455
BOHMER, Otto A.	Paralelismo	440
BOHMER, Otto A.	Opinión	445
CARDOZA, Luis	José Lezama Lima	443
DUBOSE, Jules	Los recursos del cielo	434
FUNDACIÓN ZOFRO	Programa del Festival Internacional de Poesía, Bolivia 2010	436
FUNDACIÓN ZOFRO	Taller gratuito de poesía con poetas internacionales	436
FUNDACIÓN ZOFRO	Poetas participantes en el Festival Internacional de Poesía, Bolivia 2010	437
FUNDACIÓN ZOFRO	Oruro en la Guerra de la Independencia	453
FUNDACIÓN ZOFRO	Betsabé Salmón vda. de Beltrán. Precursora del pensamiento femenino en Bolivia	456
FUNDACIÓN ZOFRO	El Duende 2010	459
ENCALADA V., Osvaldo	Amor	453
HEINE, Heinrich	Naturaliza	439
IBBY	VI Congreso Nacional del IBBY	444
KERTESZ	Consejo	441
KERTESZ	Yo: una ficción	449
MENDIETA PAZ, Pablo	De la "A" a la "Z"	451
OESTERHERLD, Hector G.	Ciencia	450
PLATÓN	Reflejo	448
QUIROGA, Rosario	El Duende llegó a Capinota	455
QUIROGA S.C., Marcelo	Creencia	459
RAMOS GAVILÁN, Alonso	Codicia	447
SÁBATO, Ernesto	Metafísica	457
SAENZ, Jaime	Ven	454
URQUIETA M., Luis	Poesía	442
VARIOS	Inmortalidad	435

DESDE MI RINCÓN

TAMBOR VARGAS

Don Cirio Bayo (436). Izquierdistas en Berlín (438). Ese mundo de la ciencia (439). ¿Mundo al revés? (440). La cuestión española (441). Todavía la Guerra del Pacífico... (442). Nuevos Textos del viejo Pazos Kanki (443-444). El Barça, ¿más que un equipo? (445). Una vida más de los que llegaron (446). Vistos y contados desde afuera (447). De materia judaica (448). Una anomalía ceguera hispanoamericana (449). Virgen de Urupiaña (450). De materia judaica 2 (451). Cátedra de papel (452). ¿Por qué adoración a la lectura? (453). El Intelectual Latinoamericano (I) (454). Vivir en la verdad (455-456). Familia del Tambor: pequeñas adiciones (457-458). ¿Dónde y en qué consiste la belleza? (459).

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

ADOLFO CÁCERES ROMERO

Antecedentes (434). María Josefa Mujía (435). Manuel José Cortés (436). Mariano Ramallo (437). Ricardo José Bustamante (438-439). Pedro Joaquín Monje (440). Tristán Roca (441). Félix Reyes Ortiz (442). Néstor Galindo (443). Daniel Campos (444). Manuel José Tovar (445). Luis Zalles (446). Daniel Calvo (447). Benjamín Blanco (448). Mercedes Belzu de Dorado (449). Francisco María del Granado (450). Zacañas Arze (451). Benjamín Lenz (452). Natalia Palacios (453). José Rosendo Gutiérrez (454). Manuel María Lara A. (455). Julio Lucas Jaimes (456). José Pol (457). Tomás O'Connor D'arlach (458). Adela Zamudio (459).

PORTADAS

ERASMO ZARZUELA CHAMBI

Altiplano (434). Feria (435). Moreno quinquicho de corazón (437). Plaza 10 de Febrero (438). Río andino (439). Q'usillu (440). Pintura 2009 (441). Ecopoesía (442). El Gran Dorado II (443). Imaginario (444). La mujer de Lot (445). Moreno (446). Moreno mayor (447). Invierno (448). Waca Waca (449). Sora Sora (450). Iglesia de San José (451). Maniquí (452). Pasaje urbano (453). Oruro en la Guerra de la Independencia (454). Plaza Castro y Padilla (455). Potosí y sus calles (456). Hechizo (457). Señor obispo (458). Danzarín con toro (459).

Otras portadas. Poemario del Festival Internacional de Poesía Bolivia 2010 (436).

CRONOGRAMA DE PUBLICACIONES

434 (enero 3). 435 (enero 17). 436 (enero 31). 437 (febrero 14). 438 (febrero 28). 439 (marzo 14). 440 (marzo 28). 441 (abril 11). 442 (abril 25). 443 (mayo 9). 444 (mayo 23). 445 (junio 6). 446 (junio 20). 447 (julio 4). 448 (julio 18). 449 (agosto 1). 450 (agosto 15). 451 (agosto 29). 452 (septiembre 12). 453 (septiembre 26). 454 (octubre 10). 455 (octubre 24). 456 (noviembre 7). 457 (noviembre 21). 458 (diciembre 5). 459 (diciembre 19).





Agustín Céspedes Romero

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo republicano

Escritores representativos

Adela Zamudio (Soledad). Cochabamba, 11 de Octubre de 1854 - 2 de julio de 1928. Maestra, poeta y narradora. Comenzó publicando en *El Heraldo* de Cochabamba. En 1887 apareció su poemario *Ensayos Poéticos* con prólogo del escritor español Juan José García Velloso. Considerada como una de las más excelsas figuras de las letras nacionales, mediante decreto supremo se consagró la fecha de su nacimiento como *Día de la Mujer Boliviana*. En 1880 publicó *Viola* o *La Princesa Azul*, juguete dramático para niños. Autodidacta, sólo le bastó iniciar sus estudios básicos para crecer intelectualmente. En 1900 dictó clases en la escuela de San Alberto. Cinco años después fue promovida a la Dirección del Liceo de Señoritas que a su muerte tomó su nombre.

Con sus escritos combatió los prejuicios relacionados con la educación de la mujer; propugnó el laicismo en el sistema educativo, el matrimonio civil y la separación de la iglesia católica del Estado. El 28 de mayo de 1926, fue coronada por el Presidente Siles como el más elevado exponente de la cultura femenina, a decir de su presentador Guillermo Viscarra B., Rector de la Universidad Mayor de San Simón. Con *Ensayos Poéticos* (1887), *Ráfagas* (1914) y *Peregrinando* (1943, póstumo), Adela Zamudio se constituye en la indiscutible figura de la poesía decimonónica que se proyecta al siglo XX.

Su obra poética llevó al Romanticismo boliviano a la cima de su expresión antes que el Realismo y el Modernismo se impusieran en América hispana. Su poemario *Ráfagas* publicado en París donde están sus poemas más polémicos y mejor logrados se divide en cinco partes. La primera comienza con *A un suicida*, poema de concepción reflexiva; le sigue su canción *Tristeza*, que musicalizada se ha convertido en una de las más difundidas:

*Soy al flor que en su tallo se dobla
porque sufre, guardando en su seno
de un gusano escondido el veneno
que devora su triste vivir.*

*Soy el cisma que canta doliente
de su muerte el momento esperando,
ya que siempre he vivido llorando
quiero al menos cantando morir.*

*¡Cuánta pena contiene un recuerdo!
olvidando, la pena se calma;
el olvido es el sueño del alma,
pero mi alma no puede dormir.
Consumida por honda tristeza*

*el dolor se retrata en mi frente;
¡cuán amarga es mi vida presente!
¡cuán amargo será el porvenir!*

En la segunda parte del poemario se halla *Nacer hombre* que denuncia las discriminaciones que sufre la mujer tal como muestra el siguiente fragmento:

*Si alguna versos escribe
"De alguno esos versos son
que ella sólo los suscribe";
(permítidme que me asombre.)
Si ese alguno no es poeta
¿por qué tal suposición?
Porque es hombre.*

*Una mujer superior
en elecciones no vota,
y vota el pillo peor;
(permítidme que me asombre.)
Si ese alguno no es poeta
¿por qué tal suposición?
porque es hombre.*

*Una mujer superior
en elecciones no vota,
y vota el pillo peor;
(permítidme que me asombre)
con sólo saber firmar
puede votar un idiota,
porque es hombre.*

En la tercera parte está *Mi epitafio*, que se halla tallado en su tumba: *Vuelo a morar en ignorada estrella / libre ya del suplicio de la vida. / Allí os espero; hasta seguir mi huella / Lloradme ausente, pero no perdida*. En la cuarta parte trascienden dos poemas: *¿Quo Vadis?* y *Fin de siglo*. Ambos condenatorios de la realidad de entonces; el primero desde el ámbito religioso, y el otro desde el humanístico. En la quinta parte se hallan *¡Solo en el mundo!* y *Loca de Hierro*. Su carácter testimonial ha servido para reflexionar sobre la vida en los claustros religiosos y los prejuicios sociales de su tiempo. Adela Zamudio también es autora de cuentos costumbristas y didácticos reunidos en 1943, con los títulos de *Cuentos Breves* y *Novelas Cortas*. En 1913, publicó en La Paz su única novela: *Íntimas*.



Azore Gil Inanés

Estimados lectores:

A tiempo de cerrar *Literatura del periodo Independiente* y del *Primer Periodo Republicano* con la poesía de Adela Zamudio, recordamos además nombres representativos del Romanticismo Boliviano como José David Berríos, Absalón Oroza, Aníbal Capriles, José Vicente Ochoa, Ricardo Mujía, Hercilia Fernández de Mujía, Joaquín Lemoine, Claudio Pinilla, Rosendo Vilalobos, Benjamín Blanco (hijo), Isaac Eduardo, Rafael Arrieta, Ángel Diez de Medina, Benjamín Guzmán, Marcelino Montero y Adrián Pereira, entre otros.

El Duende se complace en informarles que a partir de enero de 2011, la página 8 estará dedicada al *Género Musical*, idioma que trasciende tiempo y fronteras, y que para Yuel-Ji es la armonía del cielo y la tierra.